

LUIS PÁSARA

LA ILUSIÓN DE UN PAÍS DISTINTO

CAMBIAR EL PERÚ: DE UNA GENERACIÓN A OTRA

José ALVARADO JESÚS Diana ÁVILA

Capítulo 30

Alberto DE BELAUNDE Salvador DEL
SOLAR Fernando EGUREN Alberto
GONZALES Álvaro HENZLER Max
HERNÁNDEZ Indira HUILCA Natalia
IGUIÑIZ Jimena LEDGARD Vania MASÍAS
Farid MATUK Jaime MONTOYA UGARTE
Abelardo OQUENDO Cecilia OVIEDO
Tania PARIONA Fernando ROSPIGLIOSI
Gerardo SARAVIA Cecilia TOVAR
SAMANEZ Paloma VALDEAVELLANO
Victoria VILLANUEVA Joseph ZÁRATE

BIBLIOTECA NACIONAL DEL PERÚ
Centro Bibliográfico Nacional

985.004 I La ilusión de un país distinto: cambiar el Perú: de una generación a otra / [testimonios, Abelardo Oquendo, José Alvarado Jesús, Héctor Béjar ... et al.]; Luis Pásara, [entrevistas].-- 1a ed.-
- Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú, Fondo Editorial, 2017 (Lima: Tarea Asociación Gráfica Educativa).
396 p.; 24 cm.

Incluye referencias bibliográficas.
D.L. 2017-07453
ISBN 978-612-317-274-9

1. Realidad peruana - Siglo XXI 2. Intelectuales - Perú - Entrevistas 3. Celebridades - Perú - Entrevistas 4. Problemas sociales - Perú 5. Participación política - Perú 6. Perú - Política y gobierno - Siglo XXI 7. Perú - Condiciones sociales - Siglo XXI 8. Perú - Condiciones económicas - Siglo XXI I. Oquendo, Abelardo, 1930- II. Alvarado Jesús, José III. Béjar Rivera, Héctor, 1935- IV. Pásara, Luis, 1944- V. Pontificia Universidad Católica del Perú

BNP: 2017-1864

La ilusión de un país distinto
Cambiar el Perú: de una generación a otra
© Luis Pásara, 2017

© Pontificia Universidad Católica del Perú, Fondo Editorial, 2017
Av. Universitaria 1801, Lima 32, Perú
feditor@pucp.edu.pe
www.fondoeditorial.pucp.edu.pe

Diseño, diagramación, corrección de estilo
y cuidado de la edición: Fondo Editorial PUCP

Primera edición: junio de 2017
Tiraje: 1000 ejemplares

Prohibida la reproducción de este libro por cualquier medio, total o parcialmente,
sin permiso expreso de los editores.

Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú N° 2017-07453
ISBN: 978-612-317-274-9
Registro del Proyecto Editorial: 31501361700693

Impreso en Tarea Asociación Gráfica Educativa
Pasaje María Auxiliadora 156, Lima 5, Perú

MARIANA COSTA CHECA

«QUE DONDE NACES NO DETERMINE A DÓNDE LLEGUES,
QUE REDUZCAMOS EL NIVEL DE DESIGUALDAD Y DE FALTA DE
OPORTUNIDADES, QUE EL LUGAR DONDE NACES PUDIESE SER
UN LUGAR DONDE A TODO EL MUNDO SE DA LOS DERECHOS
MÍNIMOS PARA HACER LA VIDA QUE QUIERA».

Tuve la suerte de crecer en un contexto privilegiado, de un contexto familiar estable, donde tuve acceso a las mejores oportunidades educativas, a viajar y vivir en la parte, digamos, bonita de la ciudad. Y el rol de mi mamá, de criarme con cierta sensibilidad, que me permitía saber que esa no era la circunstancia de todo el mundo y que tenerla era una suerte muy grande, mientras que, por otro lado, era una pena muy grande que no pudiese ser la circunstancia de un montón de otros niños y jóvenes como mis hermanas y yo.

He reflexionado bastante y me es difícil remontarme a un momento en particular en el que surgió aquello de cambiar el país. No. Siento que fue una combinación de una sensibilidad que tuve a lo largo de mi crianza, de mi niñez y de mi adolescencia. Una sensibilidad con la que tampoco tenía mucha opción de hacer mucho al respecto, porque al final esa era mi vida y veía que no la de todos era así. Me acuerdo que sí me generaba cierta incomodidad y tristeza, pero no tenía muchas herramientas.

El cambio de sí-puedo-hacer-algo-al-respecto viene en la etapa de la adultez temprana, al terminar el colegio, salir un poco de la pequeña burbuja en la que había crecido y tratar de conocer un poco más, no solo mi país sino también el mundo. Y convencerme entonces que sí podía hacer algo al respecto. Creo que ahí se junta la parte más filosófica, mi pensamiento y mi visión de la vida. Una visión donde creo que, al final, la razón por la que uno nace donde nace es incomprendible para nosotros, pero tiene que ver más que nada con tirar una moneda y dónde cae. Comencé a pensar cómo podía ser que tantas cosas dependiesen de algo tan al azar como eso. En ese momento yo estaba de un lado, pero perfectamente podría haber estado del otro. Y pensar que al final la vida es una y, desde el momento que tiene esta vida acá, uno tiene que hacer las cosas que quiere hacer. Ahí se empezó a generar

más esa proactividad de si hay algo que me parece que es injusto y no tiene mucha lógica detrás ni mucho sentido, por qué acostumbrarme y quedarme en eso.

Ahí se junta que yo me fui a vivir fuera cuando era bastante chica, cuando tenía 18 años, la independencia que eso me dio y la perspectiva de ver a mi país de lejos. Creo que eso influyó un montón. Cuando uno está en el mismo lugar, en el mismo contexto, y además en un círculo donde todo el mundo piensa parecido, es difícil ver las cosas desde otro punto de vista. Fui a vivir a Inglaterra, a Londres. Estar lejos, extrañar, pasar muchos meses sola y venir de vacaciones, me dio una perspectiva de *outsider* de mi propio país, mi propia ciudad, mi propio contexto. Eso también fue importante para ver las cosas desde un punto de vista más crítico, pero también proactivo.

Siento que en algún momento de mi vida tuve una onda que era más crítica y punto. Y después dije de qué sirve criticar, lo que uno tiene que hacer es hacer algo al respecto. Desde ahí empecé a orientar mi trabajo —mi primer trabajo y todo lo que hice en mi vida profesional— a cosas que me pudiesen vincular con el Perú, a pesar de la distancia, y también al mundo del desarrollo social. Tuve la suerte de que se me presentaron buenas oportunidades, que también fui persiguiendo activamente.

Pasaron muchos años, viví en Estados Unidos varios años, hice algunas cosas por ahí, seguí viajando mucho, también me siguió fortaleciendo esa perspectiva de ver otras realidades. Regresé a los veintisiete; estuve fuera nueve años. La verdad, siempre quería volver a Perú; me fui pensando: me voy a estudiar y regreso. Sí quería irme, porque en un momento sentía muchas ganas de ver más cosas, de salir, independizarme. Pero siempre me fui con la idea de volver.

Tengo un sentido de compromiso grande con mi país; a lo largo de los años esto le ha dado mucho propósito a mi vida, como un sentido de responsabilidad. Siempre pensé que quería volver y, en todos los años que pasé fuera, eso fue como una pequeña piedra en el zapato. También me encantó vivir fuera, la independencia, conocer gente de todo el mundo, viajar... lo disfrutaba un montón; pero siempre tenía como esta piedrita en el zapato de «cuándo voy a regresar». Estuve haciendo trabajo de desarrollo en otros países; trabajé mucho en Haití, Guatemala, El Salvador, Kenia y siempre era: «esto me encanta, pero cuándo voy a hacer algo en Perú». El momento en que terminé la maestría fue cuando dije: «Si no lo hago ahora y me enganchó en un trabajo acá, quién sabe cuántos años más van a pasar y de repente me quede para siempre». Por eso tomé la decisión de volver.

Cuando me decidí a volver al Perú para hacer algo, Laboratorio ha sido la culminación de todo eso. Es la oportunidad de hacer algo muy positivo, que tiene un impacto muy grande en generar mejores oportunidades para jóvenes que, perfectamente, podrían haber sido yo, pero que tuvieron otras circunstancias en su contexto,

y que con el programa que hemos creado se les abren las puertas para cambiar eso, tener más herramientas para construir la vida que ellas quieren.

Claro que las cosas pueden cambiar. La frase de «cambiar el mundo», siento a veces que es enorme y puede no significar mucho, pero sí creo plenamente que está en nosotros, las personas, tomar las acciones para cambiar las circunstancias a nuestro alrededor. Está en cada uno de nosotros hacer lo que tengamos que hacer para que las circunstancias sean mejores, no solo para nosotros sino para otros. Definitivamente, el mundo tiene que ser un lugar más justo, no solo más justo socialmente —eso es lo que a mí más me mueve— sino también medioambientalmente. Hay muchos espacios donde el mundo, no es que pueda cambiar, sino que necesita seguir mejorando.

Creo que hablar de utopía, así como tal... Tengo una aspiración, un sueño, un deseo de que el mundo pueda ser un lugar más justo. Que donde naces no determine a dónde llegues, que reduzcamos el nivel de desigualdad y de falta de oportunidades que hay. Eso es lo que me gustaría. Básicamente, que haya mucha mayor igualdad de oportunidades, que el lugar donde naces ojalá pudiese ser un lugar donde a todo el mundo se le da los derechos mínimos para hacer la vida que quiera. Eso es algo que, lamentablemente, hoy en día no pasa. De raíz, desde el comienzo de tu vida, para mucha gente como que las cartas están echadas y uno está mucho más limitado en lo que puede hacer por el acceso a salud, nutrición, a una estructura familiar donde haya cariño.

«EN EL PERÚ HAY UNA SED DE
PROYECTOS INNOVADORES,
NUEVOS, DE IMPACTO, PORQUE
ACÁ ESTÁ LA NECESIDAD,
LA PROBLEMÁTICA SOCIAL ESTÁ ACÁ».

Cuando volví a Perú, venía con mi esposo, porque me casé estando fuera. Estábamos en Nueva York y decidimos emprender algo los tres —mi esposo, un amigo mío de la maestría y yo—; dijimos: «pongamos algo juntos», no sabíamos muy bien qué íbamos a hacer. Sabíamos que queríamos que fuera algo en tecnología, porque nos parecía que era un rubro que tenía un montón de potencial y porque ese era también el *expertise* de mi esposo. Sabíamos que debía ser algo de impacto social porque eso era lo que había hecho en mi carrera; mi esposo también había hecho mucho de eso: la maestría que estaba haciendo con este amigo era una maestría en desarrollo y él estaba buscando un *career change* hacia eso. Pero no teníamos idea de qué.

Cuando nos mudamos conseguí un trabajo, porque teníamos que vivir de algo y los dos no podíamos lanzarnos a estar sin sueldo, al comienzo. Conseguí un trabajo en una *non profit* americana, TechnoServe, que tenía sede en el Perú. Comenzamos los tres lo nuestro, ellos más en el día a día y yo en las noches y los fines de semana. Tuvimos un montón de ideas, de diferentes plataformas, de cosas digitales. Al final, decidimos comenzar una agencia de desarrollo, para darnos un tiempo y entender un poco el contexto, porque yo había pasado nueve años fuera, mi esposo es ecuatoriano y mi otro socio es venezolano; ellos nunca habían vivido en el Perú. Empezamos a conseguir clientes para hacer desarrollo web, principalmente. Ahí empezamos a entender más el sector de tecnología y descubrimos esta oportunidad que —siempre digo— es una oportunidad de oro que se cruzó en nuestro camino, porque es un sector muy especial. Nos dimos cuenta de que había muchísima demanda por talento en la industria, que se necesitaba muchas más mujeres, que casi no había mujeres en la tecnología y que —otra cosa interesante que descubrimos— es un rubro donde hay un montón de gente que es autodidacta y no necesitas un gran título para comenzar una carrera y que te vaya bien. De hecho los mejores desarrolladores que contratábamos era gente que no tenía título universitario; había una especie de *loop hole* en el sistema. Así surgió la idea de comenzar Laboratorio. Nos pusimos a la acción y armamos un programa piloto unos meses después de llegar. Llegamos en setiembre de 2013 y en marzo del siguiente año ya estábamos comenzando el piloto de Laboratorio.

Con la empresa que habíamos comenzado sí tuvimos más problemas, porque nos enfocábamos más con la informalidad, con el regateo, con cosas que sí eran un poquito más frustrantes. Pero Laboratorio, al ser nuestra meta el enfrentar un problema social, ha permitido que el Perú sea como un buen nicho para crear y crecer el programa. En verdad ha sido interesante. Desde mi experiencia siempre pienso: «Si esto lo hubiese intentado comenzar en Estados Unidos, otra hubiera sido la historia, para menos bien». Creo que nos ha favorecido un montón comenzarlo acá, porque en el Perú hay una sed de proyectos innovadores, nuevos, de impacto, porque acá está la necesidad, la problemática social está acá y el sector de tecnología está creciendo.

Muchas cosas del contexto peruano nos favorecieron. Algunas otras fueron obstáculos también, claro que sí. La burocracia del gobierno, al crear una empresa, es un poco complicada; armar un buen equipo también, nos tomó un poco de tiempo. Todavía hay mucha gente que apuesta por una carrera, muchos jóvenes apuestan por una carrera corporativa, más que por algo en un sector distinto, aunque eso está cambiando bien rápido. En general, me sorprendió el otro lado, lo positivo. Pero creo que es por el programa.

Sí ha sido difícil. Emprender algo es una experiencia increíble y para mí es una de las mejores cosas que me ha pasado. Pero, sin duda alguna, es una de las experiencias más retadoras que he tenido y lo sigue siendo todos los días. Es retador proponerte crear algo nuevo para resolver una problemática social que ves, porque, primero, tienes que aprender a correr un negocio, que es de personas, hay gente, sueldos, financiamiento, toda una estructura que levantar y montar, que es algo que personalmente no había hecho antes. Y, segundo, cuando quieres resolver un reto social, hay cosas que están fuera de tu control, a veces hay solo saltos que uno puede hacer y lidiar con esas cosas que van más allá de lo que puedes lograr o no. Y hay que entender que así es la vida.

En verdad, tienes retos muy grandes y he encontrado un montón de obstáculos en el camino. Hay varias cosas del día a día, de correr un negocio, que creo que son los obstáculos que todo emprendedor encuentra: armar un buen equipo, conseguir la gente adecuada, crear tu marca, conseguir financiamiento. Son las cosas del día a día de comenzar un negocio. Pero por sobre todas las cosas, personalmente la experiencia es *overwhelmingly positive*; creo que es muy positiva. Crear algo nuevo te da una sensación de pensar que todo es posible. A veces digo: «Qué locura que donde hace tres años no había nada, hoy hay todo esto, que está impactando en la vida de tantas personas, a tantos niveles diferentes». Creo que esa sensación es gratificante para mí. En general, creo que eso es lo positivo.

¿Referentes? Hay mucha gente. Desde que estaba afuera yo miraba y me encantaba lo que estaba haciendo gente joven que está emprendiendo, que está tomando la decisión de crear algo propio, de algo que contribuya a generar un mejor país. Es un movimiento reciente, pero hay una generación anterior a la mía que para mí fue un referente importante. Está Vania Masías, que tiene D1, que busca esta transformación social alrededor del arte y la danza. Luego está un amigo mío, que comenzó una organización que trabaja con jóvenes en Manchay; está un emprendimiento social que se llama Luz, que hacían unas bolsas con material reciclado. Una amiga que tenía un emprendimiento que hace unos baños secos, para zonas donde no hay alcantarillado. Ellos se han hecho amigos míos después, cuando regresé. Ahora es bonito, hay como un *network* de emprendedores sociales, donde siempre estamos pendientes el uno del otro; nos apoyamos. Y también es bonito sentir que no estás remando solo, sino que hay una comunidad de gente que quiere lo mismo que tú.

Definitivamente, sí tenía algunas personas a las cuales podía ver como referentes. En mi caso, el referente de los mayores, el que podría mirar sería alguien como Gastón Acurio, que impulsó todo un movimiento de transformación social, alrededor de la comida, y que generó un movimiento de orgullo al país también. Y que fue muy mediático; tuvo esa exposición de que todo el mundo lo conociese. Creo que de una generación mayor a la mía, esa es la principal figura a la que podría considerar un referente.

Respecto a la gente mayor, siento que hay un quiebre, sobre todo porque este mundo en el que estoy inmersa, del emprendimiento social, es un mundo nuevo y joven, que creo que tiene otras reglas de juego y eso hace que sea más difícil estrechar lazos de referencia con gente que ha luchado por cosas parecidas, pero desde un punto de vista totalmente distinto.

Después, mis referentes son muy jóvenes y en mi generación —o, al menos, en mi caso— pasa algo que comparten muchos amigos míos que son un poco como yo, han vivido en varias partes o son medio extranjeros: los referentes ya no se restringen a tu país, son del mundo. Para mí, mucho más que personas mayores en mi país, han sido referentes otros emprendedores sociales, en otras partes del mundo, que están haciendo cosas que consideré interesantes y relevantes. Es lo mismo con Laboratoria, que se puede convertir en referente para gente del otro lado del mundo. Creo que va más por ahí.

Ha habido varios libros importantes, en diferentes momentos de mi vida; creo que depende del contexto en el que estás. Más chica, ha habido cosas que me han influenciado un montón. Me acuerdo que cuando empecé la universidad llevé un curso de filosofía y, por primera vez, leí a Nietzsche y fue como un cambio grande en mi vida. En lo más reciente, hay un par de libros de emprendimiento que me han ayudado a definir la forma de cómo armar un negocio y correrlo, crearlo y tratar de equivocarse lo menos posible en el camino. Un libro de emprendimiento, bastante conocido, es *The lean start-up*, de Eric Ries, que es importante en cómo hemos estructurado el programa. Otro libro, *Teaching as Leadership*, lo hicieron los de Teach for America y aborda cómo generar una educación que pueda tener un impacto grande en jóvenes de bajos recursos; fue instrumental para diseñar la versión inicial de Laboratoria.

«SE NECESITA CREER EN UN PROPÓSITO
MAYOR, PORQUE ES TANTO EL
SACRIFICIO, LAS HORAS DE TRABAJO,
LOS MOMENTOS DIFÍCILES QUE HAY
EN EL CAMINO, QUE TIENE QUE SER
UNA MOTIVACIÓN MUY GRANDE
COMO PARA QUE NO TIRES LA TOALLA
A MITAD DEL CAMINO.»

Lo primero que se necesita es creer que se puede, lo que suena a flor de autoayuda, pero sí estoy convencida que si crees que tú no puedes cambiar nada, no vas a dar siquiera el primer paso. Tienes que creer que se puede y creer que tú puedes también: creer que puedes ser la persona para eso. Eso pasa por tener experiencias, a nivel personal, en las que te hayas enfrentado antes a retos que pueden haber sido de otro tipo, pero que te hayan demostrado que sí se puede cambiar y que tú sí puedes hacerlo. Eso creo que es algo muy importante.

Después creo que se necesita creer realmente en un propósito mayor, porque es tanto el sacrificio, las horas de trabajo, los momentos difíciles que hay en el camino, que tiene que ser una motivación muy grande como para que no tires la toalla a la mitad del camino. Debe ser algo que disfrutes hacer, no todo el tiempo, obviamente, porque siempre hay partes que no te gustan y que no te van a gustar, pero si es una lucha continua y la mayor parte de la batalla es cuesta arriba, es más fácil que digas «ya me cansé».

En mi caso, Laboratoria es mucho más que un trabajo: es mi vida también, es algo que le da mucho sentido a mi vida. Disfruto un montón mi día a día, aunque hay unos que son más difíciles que otros, pero en general disfruto un montón. Eso tiene que ver con el equipo que hemos armado, la cultura de la organización que hemos generado. Es sumamente importante, al menos para mí, hacerlo bien acompañada. Estoy bien clara que sola no hubiera podido hacer nada; nada de nada. No solo porque en términos de *skill set* yo sola no hubiera podido armar lo que hemos armado. También en términos emocionales creo que no hubiera podido. Para mí, tener unos socios que hemos estado juntos desde el comienzo, que nos apoyamos, que confiamos el uno en el otro, que nos animamos, que estamos en las buenas y en las malas, ha sido fundamental. Si crees que solo puedes hacer muchas cosas, es muy fácil que lo dejes ir. En cambio, acompañado el día que no crees, el otro cree en ti y te lo recuerda, y así es mucho más fácil sostenerte a lo largo del tiempo.

El país sí está cambiando. En los tres años que estoy en Lima, desde que regresé, veo un cambio que se está dando de manera muy acelerada. A cada vez más gente le interesa trabajar con nosotros, aprender de nosotros y comenzar algo propio. Muchas veces la gente ni siquiera se plantea que algo distinto al camino establecido es una opción. Hay un camino que se ha marcado como «Mira, este es el camino del éxito, tienes que ir al colegio, ir a una buena universidad, salir, trabajar en una de estas cinco empresas, tener tales puestos, escalar de esta manera, tener este tipo de sueldo, después comprarte tu departamento, tener tu familia y seguir creciendo». Por mucho tiempo ese era el único *path*. Probablemente debido al contexto peruano, donde ha habido tanta inestabilidad económica, había una necesidad de adherirse a un plan que te pudiera dar más estabilidad económica y laboral, por sobre todas las cosas. Creo que eso es lo que ha generado que poca gente decida tomar el riesgo.

Hoy día estamos en un contexto económico un poco más favorable, donde también está cambiando cómo se percibe el fracaso. Ya no es que si quebró tu negocio eres un fracasado y que nadie más te quiere hablar. En algunos entornos todavía sí, pero en otros entornos, en el entorno emprendedor, el fracaso se ve como algo que es parte de; a nadie le va bien a la primera. Es normal que una cosa no fluya y eso te ayudará a construir mejor la siguiente. Eso también ayuda y más gente se empieza a conectar con la necesidad, lo que cambia la percepción que uno tiene del trabajo. Para mucha gente el trabajo ya no es eso que hago ocho horas al día para después vivir mi vida fuera, para ganar plata y luego tener mi vida en la noche y el fin de semana. Creo que esa percepción está empezando a cambiar también. Mucha gente dice: «El trabajo es a lo que le dedico la mayor parte de mi tiempo en una semana; quiero hacer algo que me dé propósito, que le dé sentido a mi vida, que pueda ser parte de mi vida y hacerme feliz».

Otra gente se metió en deudas y cosas, y eso la lleva a amarrarse a un trabajo y no ve la manera de salir de eso. Claro que eso pasa. No es que cada vez pase menos, pero siento que cada vez hay más gente que está dispuesta a salirse de ese patrón y a probar otra cosa. No sabes la cantidad de gente que me busca —a veces ya no tengo tiempo, no me puedo encontrar con todos— y dice: «Dame un consejo, yo también quiero hacer algo, quiero hacer un trabajo *meaningful*, qué hago, cómo comienzo». Hay muchísima gente que se empieza a dar cuenta de que, al final del día, eso es lo que importa. Y es una transición, que no siempre es fácil. Me parece que es alentadora la tendencia, no se va a cambiar de un día al otro, pero sí siento que cada vez más gente quiere hacer cosas que sean relevantes a nivel personal.

Tal vez yo estoy *biased* porque ese es mi entorno, pero toda la gente que trabaja conmigo son jóvenes así, son gente que estudia en las mejores universidades, las mejores carreras y que decide que no quiere ir a trabajar a un banco, que quiere venir a trabajar en un emprendimiento social. Aunque eso implique que al comienzo ganarán un poquito menos y de repente no se podrán comprar las mismas cosas en un comienzo, pero igual lo prefieren por todo el sentido que les da.

«TENEMOS UNAS ESTUDIANTES QUE
SON BRILLANTES, TALENOSÍSIMAS,
QUE DIGO “QUÉ PERSEVERANCIA,
QUÉ GARRA, QUÉ FORTALEZA”,
A PESAR DE HABER TENIDO VIDAS
MUCHO MÁS COMPLICADAS».

De las cosas buenas que ha habido en mi experiencia, ha sido muy bonito ver estas ganas que percibo, a nivel de país, de ver proyectos nuevos, que tengan impacto, que cambien la vida de la gente para despegar mejor. El nivel de exposición que hemos tenido acá es enorme, porque a pesar de que todo el mundo critica a los medios, a veces también quieren contar historias bonitas y la gente quiere escuchar historias buenas. Incluso antes de que Obama me recibiera, ya había sentido esta recepción bien positiva. El nivel de apoyo que tenemos de gente que ni nos conoce es enorme. Creo que es parte de esas ganas de ver proyectos diferentes, que traigan cambios positivos.

Ha sido bonito ver que hay tanta gente que hoy día mira a Laboratorio como un ejemplo. Me siento súper contenta de haber sido parte de construir algo que puede ser un ejemplo para un montón de gente más. Eso me da una responsabilidad grande: tener que estar a la altura de eso y ser un ejemplo positivo.

También he descubierto cosas que son buenas y malas a la vez. Con nuestras estudiantes he aprendido un poco lo que es la vida en Lima. La verdad es que la vida en Lima, para la familia... ni siquiera te diría que para la familia del extremo de menos recursos, es casi para la familia promedio, es súper dura, es una vida difícil. Una vida donde tienes que pasarte cuatro horas *commuting* en tres micros diferentes, cada uno más incómodo que el otro. El tráfico y la falta de servicios públicos de calidad hacen que el día a día, para la mayoría de limeños, sea una experiencia nada agradable. Enfermedades, falta de oportunidades... es duro verlo de cerca.

En nuestro caso, a veces ya es muy tarde. Nosotros trabajamos con chicas que tienen más de 18 años y un montón de ellas ya no pueden entrar a nuestro programa porque tuvieron una serie de limitaciones anteriores que hacen que ya no se pueda. Tenemos un proceso de selección para entrar, porque enseñamos algo que es relativamente complejo y tenemos que asegurarnos de que las estudiantes que entran puedan aprender. En esa selección nos damos cuenta de la cantidad de gente que simplemente ya no puede, porque seguramente tuvo una situación de malnutrición crónica infantil, una educación muy pobre, un contexto familiar muy duro, un montón de violencia. Trabajamos con mujeres y hay un montón de casos de violencia. Son contextos que cuando tienes dieciocho años ya limitaron enormemente tus posibilidades, debido a cosas que han estado totalmente fuera de tu control. Ver esto es difícil.

Pero también está el otro lado de la moneda. Tenemos unas estudiantes que son brillantes, talentosísimas, que digo «qué perseverancia, qué garra, qué fortaleza», a pesar de haber tenido vidas mucho más complicadas. La hacen con más fuerza todavía, con más ganas de cambiar las cosas, de luchar no solo por ellas, por sus familias. Eso me da un montón de satisfacción: ver que salen de acá, que entran a trabajar, que entran a esta nueva carrera de oportunidades, es muy bonito.

He aprendido un montón. Emprender es, a nivel personal, bien retador. Porque te enfrentas con todo lo bueno y todo lo malo, y también con todas tus limitaciones y todos tus miedos. He aprendido que se pueden hacer grandes cosas. Mi propia experiencia de hacerlo me ha reforzado la idea de que está en nuestras manos el construir cosas importantes, cosas bonitas. He aprendido un poco de mis miedos también, las cosas que me dan miedo, de las que siento a veces que no voy a poder lograr. Es como una lucha constante de si voy a poder o no voy a poder.

Nunca he estado en un partido político y, la verdad, hoy día creo que no estaré. Honestamente, estoy un poco desencantada de la política, a pesar de que sí me gustan la teoría política y las relaciones internacionales; la maestría tenía un poco de temas de administración pública. Pero en la práctica estoy bastante desencantada: creo que la política es una herramienta para hacer tantas cosas buenas, pero solamente terminan haciendo más daño. No me gusta y tampoco me gusta el estigma que tiene acá. Es un camino para resolver cosas y me encantaría ver mucha más gente joven, buena, haciendo política. Pero creo que para mí no es el camino, de ninguna manera. Uno tiene que conocerse: en la política me muero.

Ya me cuesta un montón, cuando tenemos exposición, el ver mi cara por todos lados y digo: «Ni modo porque es Laboratorio y es algo positivo para el programa». Pero ese nivel de exposición que tienes en la política, me cuesta mucho. Soy una persona mucho más conciliadora, no me gusta mucho el conflicto y la política es un conflicto casi continuo. La verdad es que siento que mi camino va por otro lado y que es importante mantener eso y tenerlo claro. Tiene que haber gente buena en política, pero tiene que ser gente que conoce su perfil y sabe que eso es lo bueno. Pero también tiene que haber gente buena en otros lados y que no solamente porque le va bien en otros lados decide hacerse político.